

Democracia en el bar

Leo Masliah

1986

Fue estrenada a principios de agosto de 1986 en una mitad de la Sala 2 del Teatro del Anglo (Montevideo), bajo la dirección de Leo Masliah y con el siguiente reparto:

<i>Fernández:</i>	Jorge Lazaroff
<i>Portela:</i>	Leo Masliah
<i>Coe:</i>	Francisco Rey
<i>El mozo:</i>	Carlos Giráldez
<i>El inspector Ferrer:</i>	Tomás Blezio
<i>El otro mozo:</i>	Héctor Prato

La escena representa un bar. Sobre el mostrador hay dos vasos y un teléfono.

Se habla a veces de que algunas personas que se acercan a la actividad teatral, cuando asumen sus primeros papeles, y a veces también todos los siguientes, sobreactúan. Bien: en la representación de este trabajo los actores deberán (si quieren) “subactuar”. Si no quieren hacerlo, por lo menos podrán tenerlo en cuenta como un momento de la discusión de qué es lo que van a hacer.

Entran Fernández y Portela. Este último lleva anteojos oscuros y bastón, y se conduce más o menos como si fuera ciego, más allá de la incongruencia que esto pueda tener con algunas cosas que dice.

Portela. Pasá, pasá.

Fernández. Sí, gracias.

Portela. ¿Este es el bar que compraste?

Fernández. No.

Portela. ¿Y cuál es?

Fernández. Qué cosa.

Portela. El que compraste.

Fernández. Éste no es. Es otro.

Portela. Vos decís que es otro pero este bar es tuyo. Lo compraste.

Fernández. No, no. No es así. A mí este bar me lo prestaron.

Portela. ¿Te lo prestaron?

Fernández. Sí, bah, me lo alquilaron.

Portela. Es lindo.

Fernández. Te lo voy a mostrar.

Portela. Sí, me gustaría.

Fernández. (Señala vagamente el local en general.) Mirálo.

Portela. Sí..., es muy lindo.

Fernández. Ésta es una de las mesas, ¿ves?

Portela. Sí.

Fernández. Tiene patas. No muchas, pero...

Portela. ¿Pero qué?

Fernández. Que alguna tiene.

Portela. Cuántas.

Fernández. Cuatro.

Portela. (Pensativo.) Interesante.

Fernández. Sí, son bárbaras.

Portela. ¿Qué función cumplen?

Fernández. ¿Lo qué?

Portela. Las patas.

Fernández. Sostienen la mesa.

Portela. Son un... accesorio.

Fernández. Claro.

Portela. Pero no forman parte de la mesa propiamente dicha.

Fernández. No.

Portela. No qué.

Fernández. No forman parte.

Portela. No. Ya te había dicho que no.

Fernández. (Muestra dos vasos que están sobre el mostrador.) Acá tengo los vasos.

Portela. Esperá. Primero me gustaría saber algunas cosas.

Fernández. Sí. Qué.

Portela. No me dijiste de qué material es la mesa.

Fernández. Mandé una muestra al laboratorio, pero todavía no me dieron el resultado.

Portela. Hacémelo saber, cuando te llegue.

Fernández. Sí.

Portela. ¿Y qué muestra mandaste? ¿Le rebanaste una parte a la mesa?

Fernández. Sí. Le corté una pata.

Portela. ¿Antes tenía cinco?

Fernández. Sí.

Portela. ¿Y antes de eso?

Fernández. No sé. Supongo que tendría seis.

Portela. ¿Seis qué?

Fernández. Seis patas.

Portela. Yo conozco un tipo que tiene seis dedos.

Fernández. ¿En una mano?

Portela. No. En total.

Fernández. ¿Es casado?

Portela. Sí.

Fernández. ¿Y la mujer?

Portela. La mujer qué.

Fernández. Cómo se llama.

Portela. Ruth.

Fernández. ¿Es enferma?

Portela. De qué.

Fernández. No sé.

Portela. No.

Fernández. ¿Qué tiene?

Portela. ¿En qué sentido?

Fernández. No sé. ¿Cómo está?

Portela. Quién.

Fernández. Ella.

Portela. Bien.

Fernández. Bueno, acá tenemos los vasos.

Portela. Me llama la atención que los tengas encima del mostrador.

Fernández. Siempre están ahí. ¿Por qué te llama la atención?

Portela. No sé. Será por la forma que tienen.

Fernández. Son buenos. Y para la capacidad que tienen ocupan poquitísimo lugar.

Portela. ¿Tienen buena capacidad?

Fernández. Sí, para el tamaño que tienen sí.
Portela. ¿Los compraste?
Fernández. No. Me los vendieron.
Portela. ¿Y? ¿Te dieron resultado?
Fernández. Sí.
Portela. ¿Te duraron bastante?
Fernández. Y sí. Ya lo ves.
Portela. Qué es lo que veo.
Fernández. Los vasos.
Portela. Ah, sí. ¿Y la mesa?
Fernández. La mesa qué.
Portela. Al final no me terminaste de decir.
Fernández. Lo qué.
Portela. El espesor.
Fernández. ¿El espesor? ¿Y para qué querés saber el espesor?
Portela. Para calcular el resto.
Fernández. El resto de qué.
Portela. De la mesa.
Fernández. Eso te lo puedo decir yo: tres coma cinco.
Portela. Cinco qué.
Fernández. No sé.
Portela. ¿No me das un poco de agua?
Fernández. Te daría, sí, pero no tengo.
Portela. Bueno, no importa, después me das.
Fernández. ¿Después cuándo?
Portela. Cuando tengas.
Fernández. Sí.
Portela. (Agarra un vaso.) ¿Me vas a dar en este vaso?
Fernández. Sí. O sino en el otro.
Portela. (Agarra el otro.) ¿En éste?
Fernández. Sí. O si no en el otro.
Portela. (Agarra el otro.) ¿En éste?
Fernández. Sí. O si no en el otro.
Portela. (Agarra el otro.) ¿En éste?
Fernández. Sí.
Portela. (Agarra el otro.) ¿En éste no?
Fernández. Sí, también puede ser en ése.
Portela. Bueno, pero en cuál me vas a dar, ¿en éste o en éste?
Fernández. En cualquiera.
Portela. Sí, claro, pero en cuál.
Fernández. Ya te dije. En cualquiera.
Portela. Sí, claro, pero en cuál.
Fernández. Ya te dije. En cualquiera.

Portela. Sí, claro, pero una vez que tenés decidido que puede ser en cualquiera vas a tener que elegir uno.

Fernández. Sí. Voy a elegir uno cualquiera.

Portela. Sí, bueno, decíme cuál.

Fernández. No me importa cuál. Cualquiera.

Portela. (Agarra uno.) ¿Este?

Fernández. Sí. O el otro.

Portela. (Agarra el otro.) ¿Este?

Fernández. Sí. O el otro.

Portela. Bueno, pero entonces no me digas que sí. Te pregunto si va a ser éste y me decís que sí. Después me salís diciendo que puede ser el otro.

Fernández. Puede ser cualquiera de los dos. Ya te dije.

Portela. Ya sé que puede ser cualquiera, pero al final va a terminar siendo uno. Uno solo de los dos.

Fernández. Ya sé que va a ser uno solo, pero va a ser cualquiera de los dos.

Portela. ¿No me querés decir cuál?

Fernández. Es que no sé.

Portela. A ver, hacé de cuenta que me vas a dar agua ahora, a ver, agarrá un vaso.

Fernández. Pero si no tengo agua.

Portela. Sí, pero dale, agarrá un vaso. Quiero ver cuál agarrás.

Fernández. No necesitás verlo, te lo puedo decir yo: voy a agarrar cualquiera.

Portela. Sí, ya sé, pero igual, agarrá uno.

Fernández. Para qué.

Portela. Quiero ver cuál agarrás.

Fernández. ¿Y si me ves agarrar uno cómo vas a saber cuál agarré?

Portela. Porque te voy a estar mirando.

Fernández. Sí, pero cómo vas a saber qué vaso es el que estás mirando que yo agarré.

Portela. Porque te voy a estar mirando.

Fernández. Sí, pero por más que me mires cómo vas a saber cuál es el vaso que yo agarré.

Portela. El otro va a quedar acá arriba del mostrador.

Fernández. Sí, pero cómo vas a saber cuál quedó arriba del mostrador y cuál agarré yo.

Portela. No sé, los puedo distinguir por alguna imperfección que tengan en el vidrio.

Fernández. No son de vidrio.

Portela. ¿De qué son?

Fernández. De zinc.

Portela. Bueno, qué diferencia hay. No me hagas juegos de palabras.

Fernández. Disculpáme.

Portela. Yo conozco un tipo que tiene una mano de vidrio.
Fernández. ¿Y cuántos dedos tiene?
Portela. Cinco.
Fernández. ¿En la mano de vidrio?
Portela. No. En total.
Fernández. ¿Y en la mano?
Portela. ¿En cuál mano?
Fernández. En la de vidrio.
Portela. Cinco.
Fernández. ¿Y en la mano que no es de vidrio?
Portela. En ésa no tiene ninguno.
Fernández. Entonces no es una mano.
Portela. ¿Ah no? ¿Y qué es?
Fernández. Una palma.
Portela. Es la palma de la mano.
Fernández. Es una palma, pero sin mano.
Portela. Bueno, allá vos si pensás eso.
Fernández. ¿Es casado, el tipo?
Portela. Sí.
Fernández. ¿Y la mujer?
Portela. También.
Fernández. Y decíme, esa otra mujer que mencionaste hoy...
Portela. ¿Ruth?
Fernández. Sí.
Portela. Qué pasa.
Fernández. No, nada. Te sigo mostrando el bar. Ya te mostré una mesa, dos vasos...
Portela. ¿Qué es eso que está ahí?
Fernández. Dónde.
Portela. Ahí, debajo de la mesa.
Fernández. Ah, es el piso.
Portela. Qué bueno.
Fernández. ¿Por qué? ¿Qué tiene?
Portela. Es todo parejito.
Fernández. Sí. Fue hecho a la medida.
Portela. ¿A la medida de qué?
Fernández. Del bar.
Portela. Qué bien.
Fernández. Sí. Ya venía así cuando lo compré.
Portela. ¿No me dijiste que lo habías alquilado?
Fernández. Sí, claro, perdoná. Me equivoqué.
Portela. ¿En este piso se puede zapatear?
Fernández. Claro. Probá, si querés.

Portela. No, te agradezco.

Fernández. ¿Por qué no? Probá, dale.

Portela. No, en serio, gracias.

Fernández. ¿Por qué?

Portela. No me gusta zapatear.

Fernández. Creí que sí.

Portela. ¿Que sí qué?

Fernández. Que te gustaba.

Portela. No. No me gusta.

Fernández. Qué cosa.

Portela. Zapatear.

Fernández. ¿No te gusta? Creí que te gustaba.

Portela. Qué cosa.

Fernández. Zapatear.

Portela. No. No me gusta.

Fernández. *(Ya no en tono de pregunta.)* Qué cosa, che.

Portela. ¿Ruth zapatea?

Fernández. No. Pero le gustan los pisos así, parejitos. El de la casa también es así.

Portela. ¿Y ella para qué lo usa?

Fernández. No sé muy bien. Creo que para zapatear.

Portela. ¿No me dijiste que no zapateaba?

Fernández. Sí, claro, tenés razón. Entonces no creo que ella utilice el piso para eso.

Portela. ¿Y para qué lo utiliza?

Fernández. No sé. Creo que le pone cosas arriba.

Portela. ¿Cosas arriba? ¿Para qué?

Fernández. No sé. Yo no la conozco.

Portela. ¿Qué le pone, por ejemplo?

Fernández. No me acuerdo muy bien. Creo que muebles.

(Entra Coe.)

Fernández. ¡Un cliente! Vení, vámonos.

(Portela y Fernández se van. Coe se ubica en una de las mesas. Largos instantes después pasa el mozo.)

Coe. Mozo.

(El mozo sigue de largo, ignorando a Coe, hasta desaparecer. Instantes después reaparece, para emprender el mismo trayecto.)

Coe. *(En el mismo tono que la vez anterior, y que las siguientes.)* Mozo.

(El mozo sigue de largo, ignorando a Coe, hasta desaparecer. Instantes después reaparece.)

Coe. Mozo.

(El mozo sigue de largo, ignorando a Coe, hasta desaparecer, siempre siguiendo idéntico trayecto. Instantes después reaparece.)

Coe. Mozo.

(El mozo sigue de largo, ignorando a Coe, hasta desaparecer. Coe se cambia de mesa, ubicándose en un punto del trayecto habitual del mozo. Éste vuelve a pasar.)

Coe. Mozo.

(Esta vez el mozo no hace el mismo trayecto, y sigue de largo, ignorando a Coe, el cual no está cerca de ningún punto del nuevo trayecto. Luego de desaparecer, el mozo reaparece.)

Coe. Mozo.

(El mozo se detiene en seco, aunque no está cerca de Coe ni lo está mirando.)

Coe. Mozo.

(El mozo retoma su camino, hasta desaparecer. Instantes después reaparece.)

Coe. Mozo.

(El mozo se detiene en seco, como la vez anterior. Coe se le acerca. El mozo permanece inmóvil. Coe se le acerca casi al máximo.)

Coe. Mozo.

(El mozo retoma su camino, a una velocidad algo mayor que las veces anteriores, hasta desaparecer.)

Coe. Mozo.

El mozo. (Apareciendo, asustado.) ¿Eh? ¿Qué pasa?

Coe. Yo lo estaba llamando. ¿Por qué no venía?

El mozo. Es que no lo escuché. No lo escuché para nada. ¿Está seguro que me llamó?

Coe. ¡Claro! Lo llamé como dos veces. ¿Por qué no venía?

El mozo. Es que no lo escuché. No lo escuché para nada. ¿Está seguro que me llamó?

Coe. ¡Claro! Lo llamé como tres veces ¿Por qué no venía?

El mozo. Es que no lo escuché. No lo escuché para nada. ¿Está seguro que me llamó?

Coe. ¡Claro! Lo llamé como cuatro veces ¿Por qué no venía?

El mozo. Es que no lo escuché. No lo escuché para nada. ¿Está seguro que me llamó?

Coe. ¡Claro!

(Instantes de silencio.)

El mozo. Sí, no sé..., es que yo no lo escuché.

Coe. Sí.

El mozo. No.

Coe. Sí.

El mozo. Sí, no sé...

Coe. Tráigame cubiertos.

El mozo. (Inmóvil.) Sí, señor.

Coe. (Luego de instantes de silencio.) Si se puede apurar, por favor, le agradezco. No tengo mucho tiempo.

El mozo. (Inmóvil.) Sí, señor.

Coe. ¿No me oyó? Le dije que no tengo mucho tiempo.

El mozo. (Inmóvil.) Sí, señor.

Coe. Sí señor qué.

El mozo. (No contesta enseguida.) Nada.

Coe. Me lo suponía.

El mozo. Qué cosa.

Coe. Nada.

El mozo. Sí, señor.

Coe. Qué hora es.

El mozo. Qué hora es lo qué.

Coe. Nada.

El mozo. Sí, señor.

Coe. Sí. ¿Qué hora serán?

El mozo. ¿Hora? *(Mira su reloj.)* Son las nueve y quince con veinte segundos. ¿A ver? No. Son las nueve y quince con veintitrés segundos. ¿A ver? No; le dije mal. Son las nueve y quince con veintisiete segundos. No, está mal, no sé ni lo que estoy diciendo. Son las nueve y quince con treinta y... un segundos. ¿A ver? No; miento. Sin embargo me pareció que..., no, se ve clarito que son las nueve y quince con cuarenta segundos. ¿A ver? ¿Pero qué le pasa a este reloj? Hubiera jurado que eran las..., no, resulta que no, que son las..., no, tampoco, iba a decir quince minutos con cincuenta segundos, pero ahora parece que son cincuenta y seis. Ah, no, ¡por fin! Las cosas se aclaran: son las nueve y dieciséis minutos. No; tampoco. Son las..., no. Espere un minuto que yo le voy a decir la hora exacta. ¿A ver? Son las..., ¿pero qué es lo que le está pasando a este reloj? Cambia todo el tiempo de hora.

Coe. Permitamé, a ver. ¿Qué hora quiere saber?

El mozo. (Le da el reloj.) Las nueve.

Coe. (Ajusta el reloj.) Acá tiene: las nueve.

El mozo. Sí. Está bien.

Coe. ¿Qué más quiere saber?

El mozo. A ver..., déjeme pensar...; las cuatro.

Coe. ¿Las cuatro? Eso es un poco más difícil, a ver a ver *(ajustando el reloj)*... Acá tiene: las cuatro en punto.

El mozo. Gracias.

Coe. ¿Qué otra quiere saber?

El mozo. ¿Qué otra qué?

Coe. Qué otra hora.

El mozo. No, ninguna más. Creo que ahora ya las sé todas.

Coe. ¿Y alguna otra cosa que quiera saber?

El mozo. No, gracias. Creo que estoy bien así.

Coe. ¿Así cómo?

El mozo. Así, como estoy.

Coe. ¿Cómo está?

El mozo. Creo que bien.

Coe. ¿Está seguro? ¿Cada cuánto se hace una revisión?

El mozo. *(Se encoge de hombros.)* Cada tanto.

Coe. Cada cuánto.

El mozo. *(Se encoge de hombros.)* Cada tanto.

Coe. Cada cuánto.

El mozo. *(Se encoge de hombros.)* Cada tanto.

Coe. Cuánto.

El mozo. *(Se encoge de hombros, sin decir nada.)*

Coe. ¿Tienen cocina, acá?

El mozo. Sí.

Coe. Bueno. Venga conmigo. Lo voy a revisar.

(Coe y el mozo van saliendo y se topan con Fernández y Portela, que entran.)

Fernández. *(A Coe.)* ¿Está bien atendido, señor?

Coe. Sí, sí, gracias.

(Coe y el mozo se van.)

Portela. ¿Hay café?

Fernández. No.

Portela. ¿Y té?

Fernández. No.

Portela. ¿Y café?

Fernández. No.

Portela. ¿Y té?

Fernández. Sí. ¿Te sirvo?

Portela. ¿Y mate, hay?

Fernández. No.

Portela. ¿Y café?

Fernández. Sí. ¿Te sirvo?

Portela. Sí, por favor.

(Fernández busca en la zona del mostrador.)

Portela. No le pongas azúcar.

Fernández. Vos sabés que no encuentro café. Creí que había, pero se ve que no hay.

Portela. ¿Y azúcar?

Fernández. Sí, claro.

Portela. Bueno, servíme un poco.

Fernández. ¿En taza o en vaso?

Portela. Ah, como quieras. Lo que importa es que esté bien caliente. ¿Me permitís hacer una llamada?

Fernández. Sí, cómo no.

Portela. Gracias. ¿En qué me vas a servir? ¿En taza o en vaso?

Fernández. En taza.

Portela. Por qué.

Fernández. ¿No me dijiste que te daba lo mismo?

Portela. Sí, me da lo mismo, pero yo quería saber por qué elegiste la taza.

Fernández. Todavía no la elegí. La pienso elegir.

Portela. Disculpáme, ¿me permitís hacer una llamada?

Fernández. Sí, claro.

Portela. Bueno, en qué me vas a servir, ¿en taza o en vaso?

Fernández. En taza, ya te dije.

Portela. Perdoná. Yo sólo quería estar seguro.

Fernández. ¿Para qué?

Portela. Para ir acostumbrándome de a poco a la idea de que voy a tomar azúcar en taza.

Fernández. Te estás preocupando demasiado por algo que en un principio dijiste que te era indiferente.

Portela. Me da exactamente lo mismo que me sirvas en taza o en vaso, pero quiero saber si me vas a servir en taza o en vaso.

Fernández. En taza.

Portela. ¿Por qué?

Fernández. ¿Si te hubiera dicho “en vaso” me habrías hecho la misma pregunta?

Portela. Sí, pero referida a otra cosa completamente diferente.

Fernández. Qué cosa.

Portela. La razón de tu preferencia por el vaso. ¿Me permitís hacer una llamada?

Fernández. Sí, cómo no. ¿Vos tenés el teléfono de Ruth?

Portela. ¿De Ruth? No. ¿Por qué?

Fernández. Por si acaso.

Portela. ¿Si acaso qué?

Fernández. Por si alguna vez la tengo que llamar.

Portela. ¿Y por qué tendrías que llamarla?

Fernández. No sé.

Portela. ¿Me permitís hacer una llamada?

Fernández. Sí, todas las que quieras. A quién vas a llamar, ¿a Ruth?

Portela. No. ¿Por qué?

Fernández. No sé. Se me ocurrió.

Portela. Lo qué.

Fernández. Que podrías llamarla.

Portela. Puedo llamarla, sólo que... no pensaba hacerlo.

Fernández. ¿No sabés el teléfono?

Portela. Sí, lo sé.

Fernández. ¿Entonces por qué no la llamás?

Portela. Porque no pensaba llamarla.

Fernández. Tenés miedo que te atienda el marido.

Portela. No. El marido está muerto.

Fernández. ¿Está bien muerto?

Portela. ¿Qué querés decir con eso? ¿Si está completamente muerto, o si todavía puede mover un brazo un poquito, o algo así?

Fernández. No, me refiero a si murió bien o mal.

Portela. ¿Vos decís si sufrió o no, al morir?

Fernández. No, no es eso. Me refiero a si su muerte fue justificada o no.

Portela. ¿Querés decir si los balazos que recibió eran realmente mortales, o si su muerte fue puramente casual?

Fernández. No, no es eso. Me refiero a si estuvo bien que muriera, o no.

Portela. Bueno, eso depende. ¿Me permitís hacer una llamada?

Fernández. Sí, pero decíme por qué depende.

Portela. Depende. A Ruth le pareció que la muerte de su marido no estaba justificada, pero al tipo que lo mató le pareció que sí.

Fernández. ¿Y a vos qué te pareció?

Portela. No sé. Para ser justo yo diría que esa muerte debe tener sus aspectos positivos y sus aspectos negativos.

Fernández. ¿Como ser?

Portela. No sé. ¿Me permitís hacer una llamada?

Fernández. Sí.

Portela. *(Saca un papel del bolsillo.)* Acá tengo el número. *(Le da el papel a Fernández.)* ¿Me lo leés?

Fernández. Yo no sé leer números. Sólo letras.

Portela. Bueno, préstame, que te lo escribo en letras. *(Fernández le da el papel y Portela escribe algo en él; luego se lo devuelve.)* Tomá.

Fernández. *(Mirando el papel.)* ¿Acá qué dice?

Portela. Dice Ruth.

Fernández. Y qué es eso.

Portela. Es el nombre de la mujer que le pareció mal que mataran al marido.

Fernández. Creo que ya está el azúcar.

Portela. Gracias. ¿Me permitís hacer una llamada?

Fernández. Sí, cómo no.

Portela. Gracias.

Fernández. Tomá el número *(le da el papel).*

Portela. Gracias. ¿Me permitís hacer una llamada?

Fernández. Sí.

Portela. Gracias. ¿Me permitís hacer una llamada?

Fernández. Ya te dije que sí.

Portela. Gracias. ¿Me permitís hacer una llamada?

Fernández. ¡Ya te dije que sí!

Portela. Perdoná, no te había oído.

Fernández. Sabía que eras ciego, pero nunca pensé que también fueras sordo.

Portela. No soy sordo.

Fernández. ¿Y ciego?

Portela. Ciego qué.

Fernández. ¿Sos ciego?

Portela. Un poco. ¿Me permitís hacer una llamada?

Fernández. Sí. ¿Ruth es ciega?

Portela. No.

Fernández. ¿Y el marido?

Portela. Está muerto.

Fernández. Sí, ya sé, pero ¿es ciego?

Portela. Supongo que sí.

Fernández. ¿Y el que lo mató?

Portela. No, creo que no.

Fernández. Él qué es, ¿sordo?

Portela. No.

Fernández. ¿Es inválido?

Portela. No.

Fernández. ¿Y qué defecto tiene?

Portela. Ninguno.

Fernández. ¿Y por qué mata gente?

Portela. No sé. En el caso del marido de Ruth supongo que creyó que era lo más adecuado.

Fernández. ¿Y Ruth?

Portela. Ruth qué.

Fernández. ¿Creyó lo mismo?

Portela. No. Yo ya te había dicho que no.

Fernández. ¿Entonces Ruth se peleó con el que mató al marido?

Portela. No.

Fernández. ¿Y qué hizo?

Portela. Nada. Hay cosas que vos no entendés.

Fernández. Qué cosas.

Portela. ¿Me permitís hacer una llamada?

Fernández. No. Decíme qué cosas no entiendo.

Portela. Que dos personas pueden no estar de acuerdo en algunas cosas.

Fernández. Qué cosas.

Portela. Cualquier cosa. Pero no por eso se van a pelear.

Fernández. ¿Se hicieron amigos? ¿Salen juntos?

Portela. Quiénes.

Fernández. Ruth y el tipo que mató al marido.

Portela. No, no salen juntos. Pero no se pelean tampoco.

Fernández. ¿Qué hacen, entonces?

Portela. Nada.

Fernández. En qué sentido.

Portela. Son dos personas adultas, Fernández.

Fernández. Ah, ¿en ese sentido?

Portela. En el sentido de que saben que tienen derecho a disentir; pero también saben que el diálogo es la única vía para el entendimiento.

Fernández. ¿Ellos dialogan, entonces?

Portela. No.

Fernández. ¿Por qué? ¿No saben que el diálogo es la única vía para el entendimiento?

Portela. Lo saben, sí, pero es que en este caso... no hay ningún motivo para no entenderse.

Fernández. ¿Por qué? ¿Él ya reconoció que el asesinato no era la mejor manera de castigar al marido de Ruth?

Portela. Yo no sé si el marido de Ruth necesitaba ser castigado.

Fernández. Bueno, quizás él no lo había solicitado explícitamente, pero...

Portela. Pero qué.

Fernández. Pero igual. Recibió su castigo.

Portela. Qué castigo.

Fernández. Que lo matara ese tipo.

Portela. Ah, eso decís vos. Yo no estoy tan seguro.

Fernández. ¿De qué no estás tan seguro?

Portela. De si el tipo que lo mató, lo mató.

Fernández. Yo supongo que sí, que si el tipo lo mató, lo debe haber matado.

Portela. Vos suponés que sí. Pero ¿podés estar realmente seguro?

Fernández. No..., claro.

Portela. Se cometería una grave injusticia si se condena al tipo que lo mató, siendo que de repente él no lo mató.

Fernández. Quizá si hubiera matado más personas sería más fácil determinar si realmente las mató o no.

Portela. Es que justamente, hay algo que yo... me había olvidado de decirte, pero resulta que... Ruth... también está muerta.

Fernández. ¿Ruth está muerta? (*Silencio.*) ¿Ruth está muerta? (*Silencio.*)
¿Ruth está muerta? (*Silencio.*) ¿Ruth está muerta? (*Silencio.*) ¿Ruth está muerta? (*Silencio.*)

Portela. Sí. ¿Me permitís hacer una llamada?

Fernández. ¿Ruth está muerta?

Portela. Sí. La mató el mismo tipo que mató al marido.

Fernández. ¿Ruth está muerta?

Portela. Sí. Pero no puso mi nombre en su testamento. ¿Me permitís hacer una llamada?

Fernández. ¿Ruth está muerta?

Portela. No. Mejor dicho sí, está muerta.

Fernández. ¿Ruth está muerta?

Portela. No, creo que no. O mejor dicho sí. Está muerta. Bah, murió.

Fernández. ¿Ruth murió?

Portela. Sí. Bah, la mataron.

Fernández. ¿La mataron?

Portela. Sí. Bah, murió.

Fernández. ¿Ruth murió?

Portela. Sí. Bah, falleció.

Fernández. ¿Falleció?

Portela. Sí. Bah, dejó de existir.

Fernández. ¿Dejó de existir?

Portela. Quién.

Fernández. Ruth.

Portela. ¿Quién?

Fernández. Ruth.

Portela. Quién es.

Fernández. Quién es qué.

Portela. Esa mujer que vos dijiste.

Fernández. Qué mujer.

Portela. No sé.

(Entra Coe.)

Coe. ¡Rápido! ¡Rápido! Tienen que venir a la cocina.

Fernández. ¿Qué pasó?

Coe. El mozo. No sé qué es lo que le pasa.

Portela. ¿Qué le pasa?

Coe. No sé.

Fernández. ¿Está en la cocina?

Coe. No.

Fernández. ¿Dónde está?

Coe. No sé.

Portela. Pero ¿estaba en la cocina?

Coe. Sí, en una época sí.

Portela. ¿Y qué pasó?

Coe. No sé.

Fernández. ¿Salió?

Coe. No.

Portela. Entonces, ¿sigue en la cocina?

Coe. Ya le dije que no.

Fernández. Y qué pasó, entonces.

Coe. No sé. Vengan, vamos a la cocina.

Fernández. Sí.

Portela. Vamos.

Fernández. Sí. ¿Qué hay en la cocina?

Coe. No sé. No entiendo lo que pasó.

Portela. Qué pasó.

Coe. No sé. El mozo.

Fernández. El mozo qué.

Coe. No sé.

Fernández. ¿Se fue?

Coe. No.

Portela. ¿Desapareció?

Coe. No.

Portela. Entonces qué.

Coe. Ya le dije que no sé.

Fernández. Mejor vamos a la cocina a ver lo que pasó.

Coe. Sí.

Portela. ¿Qué le habrá pasado?

Coe. No sé, estábamos en la cocina los dos, y ahora yo estoy acá, y...

Fernández. ¿Y el mozo?

Coe. No sé.

Fernández. Seguramente usted se confundió. El mozo debe estar en la cocina.

Coe. No, le aseguro que no.

Portela. ¿Está seguro?

Coe. Sí, le aseguro que sí.

Portela. Entonces qué, ¿lo secuestraron?

Coe. No.

Fernández. ¿Lo embargaron?

Coe. No.

Portela. ¿Lo hipotecaron?

Coe. No.

Fernández. ¿Lo amortizaron?

Coe. No.

Fernández. ¿Lo amordazaron?

Coe. No.

Portela. ¿Lo indexaron?

Coe. No.

Portela. ¿Qué le hicieron?

Coe. Nada.

Fernández. Quiénes.

Coe. No sé.

Portela. Creo que usted nos está ocultando algo.
Coe. No, le juro que no.
Fernández. Ya sé lo que tendríamos que hacer.
Coe. Qué.
Fernández. Ir a la cocina y ver lo que pasó.
Coe. Sí.
Portela. Qué pasó en la cocina.
Coe. Nada.
Portela. Bueno, entonces si no pasó nada no vamos nada.
Coe. Tiene razón.
Fernández. ¿Y el mozo?
Coe. El mozo qué.
Portela. ¿Dónde está? ¿En la cocina?
Coe. No. Yo ya le había dicho muchas veces que no.
Fernández. ¿Y la cocina? ¿La cocina sigue estando ahí?
Coe. Dónde.
Fernández. En la cocina.
Coe. Eso no me fijé.
Portela. ¿Y quién mató al mozo?
Coe. Nadie. ¿Qué le hace pensar que alguien lo mató?
Portela. Usted. Usted me hace pensar eso.
Coe. ¿Y si yo le dijera que nadie lo mató?
Portela. Entonces yo le preguntaría si usted conoce tan bien a toda la gente para saber que ninguno lo mató.
Coe. ¿Y si yo le dijera que en mi presencia nadie nadie lo mató?
Portela. Entonces yo le preguntaría qué le pasó qué le pasó.
Coe. ¿Y si yo le pidiera que me acompañe a la cocina para averiguarlo, para saber?
Portela. Entonces yo lo acompañaría. Iría con usted.
Coe. ¿Y si en la cocina usted viera que el mozo no está?
Portela. Entonces yo pensaría que lo mataron. ¿Ta?
Coe. ¿Y si yo le dijera que no?
Portela. Entonces yo le diría que sí.
Coe. ¿Y si yo, por medio de ingeniosos y complejos razonamientos, le dijera que no?
Portela. Entonces yo le diría sencillamente que sí.
Coe. ¿Y si yo le dijera que no, que para nada?
Portela. Entonces yo le diría que sí, que absolutamente.
Coe. ¿Y si yo de cualquier forma le dijera que no?
Portela. Entonces yo de alguna forma le diría que sí.
Coe. ¿Y si yo le dijera...
Portela. Qué cosa.
Coe. ... que no?

Portela. Entonces yo le diría que sí.

Coe. ¿Y si yo le dijera que sí?

Portela. Entonces yo le diría que no.

Coe. Que no qué.

Portela. Que no lo mataron.

(Entra el inspector Ferrer.)

Ferrer. ¿A quién no mataron?

Fernández. Quién es usted. ¿Cómo sabe que no lo mataron?

Ferrer. Soy el inspector Ferrer, del departamento de policía.

Coe. ¿Es inspector de policía?

Ferrer. Sí.

Portela. ¿Es policía?

Ferrer. Sí.

Fernández. ¿Es inspector?

Ferrer. Sí, de policía.

Portela. Entonces viene a investigar la desaparición del mozo.

Ferrer. ¿Qué desaparición? ¿Qué mozo?

Fernández. El mozo de este bar. Desapareció.

Coe. Eso no es verdad.

Ferrer. ¿Qué pasó, entonces?

Coe. Nada.

Portela. Eso no es cierto.

Ferrer. Por qué.

Portela. Porque el mozo desapareció.

Coe. Eso no es verdad.

Fernández. Sí que es verdad, inspector, tiene que investigar la desaparición del mozo.

Ferrer. ¿Dónde está el mozo?

(Instantes de silencio.)

Coe. No se sabe.

Ferrer. No es de mi competencia investigar la desaparición de personas que no se sabe dónde están.

Fernández. ¿Cómo que no? Usted dijo que era policía.

Ferrer. Sí, pero eso no me compete a mí. Yo soy de otro departamento.

Fernández. ¿No dijo que era del departamento de policía?

Ferrer. Sí, pero el departamento de policía comprende a su vez varios departamentos.

Portela. ¿Qué departamentos, a ver?

Coe. No creo que el inspector tenga por qué responder a esa pregunta. Más bien somos nosotros quienes deberíamos responder a sus preguntas. Eso suponiendo que el inspector tenga preguntas que hacernos; ¿no es así, inspector?

Fernández. Usted se adelanta a los hechos. Ni siquiera sabe si el inspector tiene preguntas que hacer, y ya anda diciendo si hay que contestar o si no hay que contestar.

Coe. No es eso lo que yo ando diciendo. Yo sólo dije que hay que contestar.

Portela. También hay otra posibilidad: no contestar.

Coe. Y también hay otra: contestar.

Fernández. ¿Cómo dice eso si ni siquiera conoce las preguntas?

Portela. Porque es un alcahuete.

Ferrer. Calma, calma, señores. Yo vine sólo para tratar un asunto insignificante de rutina. No transformemos esto en una escuela de subversivos.

(Instantes de silencio.)

Fernández. ¿Quién está haciendo tal cosa?

Ferrer. Nadie, nadie, por eso, sólo trato de prevenir que ocurra.

Portela. ¿Que ocurra qué?

Coe. El inspector ya lo dijo. Él trata de impedir que este bar se transforme en una escuela de subversivos.

Fernández. Ningún bar se está convirtiendo en una escuela de subversivos.

Ferrer. ¿Cómo puede estar tan informado sobre lo que ocurre en la totalidad de los bares?

Portela. El señor Fernández no habló de la totalidad de los bares. Él se refirió a ningún bar.

Fernández. Gracias, Portela, pero quizá el inspector tiene razón. Yo no sé lo que ocurre en otros bares. En este bar sí estoy seguro de que nadie está fundando ninguna clase de escuela de ningún tipo.

Ferrer. Claro, claro, eso no lo pongo en duda. Pero tenga en cuenta la posibilidad de que otros bares se vayan degenerando poco a poco hasta convertirse en verdaderos antros de subversión.

Portela. Puede ser, puedo ser que eso pase, pero ¿qué responsabilidad tiene sobre eso el señor Fernández?

Ferrer. Por supuesto que ninguna. Eso está fuera de discusión.

Coe. El inspector Ferrer sólo está cumpliendo con su deber de tomar precauciones.

Fernández. No entiendo de qué clase de precauciones se trata.

Coe. Esas precauciones tienen que tomarse aunque usted no lo entienda.

Portela. Señor Coe: permita que el inspector Ferrer se exprese libremente y de acuerdo a sus propias ideas. No estamos en la época en que ciertas personas imponían sus opiniones a las demás por la fuerza. *(A Fernández.)* ¿Me permitís hacer una llamada?

Fernández. Sí.

Coe. *(A Portela.)* ¿A quién va a llamar?

Portela. A Castro.

Coe. ¿Qué Castro?

Portela. Castronuovo.

Coe. ¿Quién es?

Portela. Es quien acredita ser. ¿Por qué me hace estas preguntas?

Coe. Tenga en cuenta que está en presencia de un oficial de policía.

Fernández. Estoy seguro de que el inspector Ferrer no tiene ningún inconveniente en que el señor Portela haga su llamada.

Ferrer. Eso está descontado. Puede hacer todas las llamadas que desee.

Portela. Gracias.

Ferrer. ¿A quién va a llamar?

Portela. A Castro.

Ferrer. ¿Y sabe el número?

Portela. Creo que sí. *(Descuelga el tubo.)*

Fernández. *(A Portela.)* ¿Qué vas a hacer?

Portela. Llamar.

Fernández. ¿Estás seguro?

Ferrer. ¿Qué ocurre señor Fernández? ¿Tiene alguna objeción a que su amigo haga su llamada?

Fernández. No. En absoluto.

Coe. Seguramente tiene miedo de que Portela meta la pata y diga por teléfono cosas muy comprometedoras.

Ferrer. ¿Quién es Portela?

Fernández. Sí. ¿Quién es Portela?

Portela. Soy yo.

Coe. Creo que dice la verdad.

Ferrer. Sí. Yo opino lo mismo.

Portela. ¿Puedo llamar, entonces?

Ferrer. Pero claro, aquí nadie tiene la menor intención de coartar su libertad de llamar por teléfono.

Portela. Gracias.

Ferrer. ¿Está seguro de que es a Castro a quien piensa llamar?

Coe. Eso es imposible de saber. Él puede fingir que está hablando con un tal Castro y estar hablando con una persona que tenga diferente documento de identidad.

Ferrer. Sí; no se puede verificar telefónicamente un documento de identidad.

Coe. Señor Portela, creo de buena fe que lo mejor va a ser que postergue su llamada.

Ferrer. No, no por favor, señor Portela, haga su llamada tranquilo.

Coe. *(A Ferrer.)* ¿No le preocupa que él finja estar hablando con gente que quizá ni siquiera figura como abonada en el directorio telefónico?

Ferrer. No creo que el señor Portela sea capaz de hacer una cosa así.

Digamé, señor Portela, ¿usted es realmente ciego, o sólo finge serlo?

Portela. No, yo soy ... un poco ciego. (*Disca diecisiete números. Los demás se mantienen en silencio; él también, más allá del ruido que pueda estar haciendo al discar.*)

Coe. Eh, diga cuántos números va a discar.

Portela. Los que sean necesarios.

Ferrer. Continúe, continúe, señor Portela.

Portela. No. Tengo que empezar de nuevo. (*Disca diez números.*)

Coe. Ey, ésos no son los mismos números que discó la otra vez. Yo lo estaba mirando.

Fernández. Está equivocado. Puedo recomendarle un buen oculista.

Coe. Cuál.

Fernández. El doctor Porteiro.

Coe. El doctor Porteiro no es oculista. Es dentista.

Portela. Una cosa no quita la otra.

Fernández. Gracias, Portela, pero el doctor Porteiro no es dentista. Es oculista.

Ferrer. Es evidente que están hablando de diferentes personas. Si pudiéramos examinar los documentos de identidad de ambos doctores, comprobaríamos que no tienen la misma numeración, pese a tener el mismo apellido.

Fernández. Sí, por eso, el que yo digo es oculista.

Coe. ¿Puede probar eso?

Fernández. Acá no, pero...

Coe. ¿Ve, inspector? Este hombre no tiene pruebas.

Fernández. Puedo llamar por teléfono al doctor Porteiro para que corrobore lo que digo.

Portela. Primero déjenme arribar a buen puerto con mi llamada.

Coe. Si piensa escapar por medio de una llamada telefónica, tengo que decirle que es un poco ingenuo.

Ferrer. Cálmese, señor Coe. Estoy seguro de que nadie tiene intenciones de escapar.

Fernández. ¿Escapar de qué?

Ferrer. De nada, de nada. Haga su llamada en paz, señor Portela.

Portela. (*A Fernández.*) ¿Puedo?

Fernández. Qué.

Portela. Si me permitís.

Fernández. Qué cosa.

Portela. Llamar.

Fernández. Sí.

Coe. (*A Portela.*) El inspector ya le había dicho que podía llamar. No necesitaba consultar al señor Fernández.

Portela. El señor Fernández es el propietario del teléfono.

Ferrer. ¿Tiene pruebas de eso?

Fernández. Sí. Tengo toda la documentación correspondiente.

Ferrer. Perfecto. Adelante, entonces, señor Portela, con su llamado.

Coe. Espere, inspector. El teléfono puede ser propiedad del señor Fernández, pero la ciudad en su totalidad está a su cuidado, así que usted tiene todo el derecho de disponer sobre la pertinencia o no de una llamada telefónica como ésa.

Ferrer. Gracias, señor Coe, pero usted se olvida de que estamos en democracia. No puedo disponer hasta tal punto de lo que vayan a hacer el señor Portela o el señor Fernández en su vida privada.

Fernández. Entonces, inspector, si no es su intención interferir en nuestro asuntos, quisiera preguntarle cuál es la razón de su presencia hoy acá.

Coe. El inspector Ferrer vino hoy porque así lo tenía previsto desde hace días, pero una pequeña alteración en el orden de las páginas de su agenda podría haber transferido su visita al día de ayer, o al de mañana.

Fernández. Eso no satisface mi curiosidad.

Coe. Ese grado de curiosidad es característico de quienes tiene marcadas tendencias feminoides.

Fernández. Puedo asegurarle que si yo tuviera tendencias feminoides, no las satisfaría formulando preguntas.

Ferrer. ¿Ah, no? ¿Y cómo lo haría, señor Fernández? ¿Por medio de actos aberrantes?

Fernández. ¿A qué se refiere con actos aberrantes? ¿A operar la desaparición de un mozo en la propia cocina del bar donde trabaja, por ejemplo?

Ferrer. Eso que usted describe parece más bien un acto de magia.

Portela. Sí. A mí me gustaría aprender ese número para utilizarlo durante la animación de cumpleaños infantiles.

Ferrer. Eso sería estupendo.

Coe. Sí. Y podría complementarse con la exhibición de películas pornográficas para niños.

Fernández. ¿Películas pornográficas para niños? Nunca oí semejante cosa. ¿Qué hacen? ¿Muestran madres amamantando a sus hijos? ¿O usan solamente niños como actores?

Coe. No, señor Fernández. Las películas pornográficas para niños son filmadas con actores adultos, como las otras; sólo que estos actores aparecen siempre vestidos correctamente.

Fernández. ¿Entonces por qué son pornográficas?

Coe. Es que los argumentos son los mismos que los de las películas pornográficas para adultos, pero los actores aparecen bien vestidos, para que los niños puedan verlos sin que eso les ocasione perjuicios en la constitución de su personalidad moral.

Ferrer. Excelente. Si usted consigue esas películas, podríamos montar una verdadera empresa.

Fernández. ¿Y cuál es su participación en esa empresa, inspector Ferrer?

Ferrer. Alucinógenos. Alucinógenos infantiles, por supuesto.

Portela. ¿No será nocivo eso para los niños?

Ferrer. En absoluto. Producen alucinaciones adecuadas a la mentalidad infantil. Un niño podrá evocar la historia de Hansel y Gretel, otro la del gato con botas, en fin, cada envase indica con abundantes ilustraciones el cuento de hadas que la química recreará en la mente del niño.

Fernández. ¿Quién garantiza eso?

Ferrer. Maestros, profesores, educadores, pedagogos. Hay un equipo docente muy calificado que supervisa las pruebas.

Fernández. Muy interesante.

Coe. ¿Está dispuesto a invertir en ello?

Fernández. Tengo que... pensarlo un poco. No estaba preparado para un ofrecimiento de este tipo. Creí que la visita del inspector Ferrer se debía a otras razones.

Coe. ¿Qué razones?

Fernández. No sé, no podía imaginarlas.

Coe. ¿A qué le tiene miedo, señor Fernández? ¿Qué es lo que oculta y teme que descubra el inspector Ferrer?

Portela. Él no oculta nada. Más bien es usted quien debería dar explicaciones al inspector sobre la suerte corrida por el mozo de este bar.

Fernández. Sí. Y por Ruth.

Ferrer. ¿Quién?

Fernández. No, nada, perdonen. Dije algo que tiene muy poco sentido.

Coe. Yo diría más bien que se deschavó.

Ferrer. ¿Sí, eh? *(Saca un revólver.)* ¿Quién es esa Ruth?

Fernández. Pero ¿qué pasa? ¿Tiene intenciones de arrestarme, acaso?

Portela. ¿Cuáles son los cargos, inspector?

Ferrer. No, ninguno. *(Guarda el revólver.)* No se preocupen. Todo está bien.

Fernández. Usted me está poniendo nervioso, inspector.

Coe. Puedo recomendarle un buen siquiatra.

Portela. *(A Ferrer.)* Acuérdesse que ya se terminaron los tiempos en que la policía llevaba gente presa sin motivo.

Ferrer. La policía nunca se llevó a nadie sin motivo. Pero tranquilícese, yo no vine a practicar ningún arresto.

Coe. El inspector Ferrer sólo está tomando precauciones.

Fernández. ¿Precauciones con respecto a qué?

Ferrer. Voy a explicárselo, señor Fernández, y va a ver que no hay ningún motivo para alarmarse. Le recuerdo que estamos en democracia y que usted goza de todos sus derechos y garantías individuales.

Coe. El inspector Ferrer sería capaz de dar la vida con tal de protegerlo, señor Fernández, si alguien se atreviera a cercenar la más intrascendente de las libertades que la Constitución le otorga.

Fernández. Eso cambia las cosas. Me siento más contento.

Coe. ¿Por qué esa alegría? ¿Cree que pudo burlar los presentimientos del inspector?

Portela. ¿Qué presentimientos?

Ferrer. No, no es eso. Estoy seguro de que el señor Fernández se puso contento porque sabe que ahora tiene quien lo proteja.

Portela. ¿A quién tiene?

Coe. Al inspector Ferrer.

Portela. ¿Sólo al inspector Ferrer?

Ferrer. También a todo el cuerpo de policía.

Portela. ¿Incluyendo al personal administrativo?

Ferrer. Por supuesto.

Portela. Entonces, por lo que a mí respecta, que me traigan gente de ese sector. Me llevo mejor con los oficinistas que con los miliquitos.

Coe. Eso que acaba de decir puede costarle la vida. ¿Sabía?

Ferrer. No exagere, señor Coe. Recuerde que estamos en democracia.

Fernández. ¿Entonces qué castigo van a darle a mi amigo?

Coe. ¿Qué amigo?

Fernández. (Señala a Portela.) Él.

Ferrer. Ningún castigo, señor Fernández. No sea drástico. Simplemente vamos a darle una pequeña reprimenda.

Fernández. ¿A mí?

Coe. ¿Por qué piensa que es a usted? ¿Cuáles son las fechorías que oculta y de las que se siente tan culpable?

Ferrer. Yo le preguntaría más bien si detrás de ese mostrador no se oculta ninguna botella de whisky.

Portela. ¿Acaso es ilegal ocultar whisky?

Coe. No es ilegal, pero es muy sospechoso.

Fernández. Señores, yo no oculto whisky. Simplemente lo guardo. ¿Quieren servirse?

Ferrer. ¡Claro! Para eso lo mencioné.

Fernández. Voy a pedirle al mozo que sirva. ¡Mozo!

Portela. ¿Para qué llamás al mozo? Acordáte que desapareció.

Fernández. Es cierto. Me había olvidado. ¡Mozo!

Portela. ¿Para qué lo llamás? Ya te dije que desapareció.

Ferrer. Quizá no desapareció, sino que...

Portela. No, nada de eso. Desapareció.

Fernández. Sí. No se sabe dónde está. ¡Mozo!

(Entra el otro mozo.)

El otro mozo. ¿Señor?

Ferrer. ¿Ven? El mozo está acá. Todo está en orden.

Portela. El señor no es el mozo de este bar.

Fernández. Es cierto. Yo no conozco a este hombre.

Portela. Es un impostor.

Ferrer. Sobre ese punto no se puede confiar en la opinión de un ciego.

Fernández. Él ya le dijo que sólo era un poco ciego.

Ferrer. Seguramente se confunde, entonces. Éste debe ser el mozo.

Además está esperando que ordenemos algo.

Fernández. Éste no es el mozo. Se lo digo yo como patrón de este establecimiento. El señor Coe puede atestiguar lo que digo.

Coe. Imposible. No puedo atestiguar eso si usted no me muestra su título de propiedad.

Fernández. No me refiero a eso. Digo que usted puede atestiguar que el señor no es el mozo de este bar.

Coe. Eso depende de usted, si no miente al decir que es el patrón. Si le falta un mozo, bien puede contratar a este hombre.

Ferrer. Eso sería magnífico, ya que él muestra tan buena disposición para el trabajo.

Coe. Sí. Tiene cara de ser muy eficiente.

Portela. Eso es cierto. ¿Por qué no lo contratás, Fernández?

Fernández. No tengo intenciones de contratar a nadie hasta tanto no aparezca la persona que con méritos y sacrificios supo conquistar en su momento ese puesto.

Ferrer. Si todos los empresarios que tienen puestos vacantes procedieran como usted, el índice de desocupación se multiplicaría por cuatro en nuestro país.

Fernández. ¿Por qué por cuatro?

Ferrer. Se lo puedo explicar si consigue un pizarrón y una tiza.

Fernández. No tengo.

Coe. Va a tener que conseguir, si no quiere que el inspector le raye todas las mesas con fórmulas matemáticas.

Portela. (A Fernández.) Vas a tener que conseguir.

Fernández. No tengo a quién recurrir para eso.

Coe. Mejor va a ser que trate de ingeniárselas. Su propio cómplice acaba de aconsejárselo.

Fernández. ¿Qué cómplice?

Ferrer. El señor Coe exagera mucho, pero se refiere a su amigo aquí presente. Baltasar Portela.

Portela. ¿Cómo sabe mi nombre?

Ferrer. La denuncia que recibí venía con nombres y apellidos.

Fernández. ¿Qué denuncia?

El otro mozo. ¿Me permiten una interrupción?

(Instantes de silencio.)

Fernández. No.

(Instantes de silencio.)

Ferrer. Sí.

(Instantes de silencio.)

Fernández. No.

(Instantes de silencio.)

Ferrer. Sí.

(Instantes de silencio.)

El otro mozo. Era para preguntarles si desean servirse algo mientras conversan.

Fernández. Bueno, si es para eso sí.

Coe. No. Para eso va a ser mejor que no.

Ferrer. *(A Coe.)* No tome nada usted si es que le gusta andar con la garganta seca. Para mí que sea un gin cómic.

Portela. Para mí un jugo de chocolate.

El otro mozo. ¿Con limón, señor?

Portela. No es de su incumbencia si lo quiero con limón o sin limón.

Coe. Yo quiero un té.

El otro mozo. De qué.

Coe. De nada.

El otro mozo. ¿Cómo de nada? ¿No dijo que quería un té?

Coe. Sí, claro que quiero un té.

El otro mozo. Bueno, pero té de qué.

Coe. Ya le dije que de nada.

El otro mozo. ¿Entonces qué quiere? ¿Una taza de agua caliente sin nada?

Coe. No señor, no quiero una taza de agua caliente. Quiero un té.

El otro mozo. Pero señor, si no me dice de qué no voy a poder preparárselo.

Ferrer. El señor Coe ya le dijo con toda claridad lo que deseaba servirse, mozo.

El otro mozo. Es que... se requieren ciertas precisiones adicionales.

Fernández. No se requiere nada. Señores, como pueden ver, este hombre los engañó a todos: no tiene la voluntad de trabajo que aparentaba tener.

Portela. Sí, no es más que un atorrante.

Coe. No me sorprende: el otro mozo también lo era.

Ferrer. ¿Cuál otro mozo?

Coe. Ninguno, ninguno.

Fernández. *(Al mozo.)* Usted váyase. Está despedido.

El otro mozo. En ese caso un delegado del sindicato de mozos va a venir a visitarlo mañana.

Fernández. ¿Tengo que tolerar eso, inspector?

Ferrer. Por supuesto. Estamos en democracia.

Coe. Le guste o no, tiene que respetar los derechos del trabajador.

Fernández. Muy bien, caballeros, yo quisiera aprovechar esta situación de democracia para hacer valer mi derecho a descansar. Ya tuve demasiado por hoy, así que si no les molesta les voy a pedir que me dejen solo.

Ferrer. ¿Quiere decir que nos vayamos?

Fernández. Sólo les pido que me dejen solo. Elijan ustedes la forma de hacerlo, yo no soy su tutor.

Ferrer. Yo no sé si usted es mi tutor o no, señor Fernández, pero tengo que decirle que existen poderosas razones para que yo no me vaya de acá sin haberle hecho una serie de preguntas.

Portela. Diga la pregunta número uno, después la número dos, y así sucesivamente, si es que la serie presenta una configuración semejante.

Ferrer. No sé qué configuración presenta la serie, pero no puedo atender a su requerimiento porque las preguntas no están numeradas.

Portela. Puedo prestarle un lápiz, siempre y cuando usted se comprometa a devolvérmelo.

Coe. (*A Ferrer.*) Inspector, ¿no le parece más prudente que todos nos retiremos ahora y dejemos descansar al señor Fernández? De cualquier manera el asunto carece de importancia.

Ferrer. Es cierto. Creo que podríamos irnos todos. (*A Portela.*) Puede guardarse su lápiz.

Portela. Es muy ingenuo si de verdad creyó que yo se lo iba a prestar.

Fernández. Inspector, yo creo que si las preguntas son breves yo podría contestarlas ahora. Además siento cierta... curiosidad sobre ellas. (*Al mozo.*) Usted váyase. Ya le dije que está despedido.

El otro mozo. Sí, señor. (*Permanece en su lugar.*)

Ferrer. Bueno, señor Fernández, yendo al grano, resulta que recibimos una... denuncia con respecto a ciertas conversaciones que habrían tenido lugar en este bar.

Portela. Yo podría entender que a un escolar se le reproche que sea conversador, si eso interfiere con sus estudios; pero en el caso de personas adultas no veo nada de malo en el hecho de que intervengan en conversaciones.

Coe. El problema no es intervenir en ellas, sino provocarlas.

Ferrer. Yo creo que usted exagera, no es eso tampoco. Está claro que no hay nada de malo en conversar. Yo mismo, debo decirles, soy un gran conversador.

Portela. Sí. Es un charlatán.

Coe. (*A Portela.*) El inspector Ferrer está armado, así que después no se queje si le rellena la boca con plomo.

Ferrer. Pero ¿qué dice, señor Coe? Este caballero sólo me estaba gastando una broma.

Fernández. Bueno, pero si no hay nada de malo en que la gente acostumbre conversar, ¿qué sentido tienen esas denuncias que recibió, inspector?

Ferrer. Es que la cuestión no radica en que hayan conversado sino en lo que conversaron.

Fernández. ¿Y qué fue lo que conversamos?

Ferrer. Bueno, yo no lo recuerdo exactamente. Además no traje conmigo los cassettes.

Portela. ¿Qué cassettes? ¿Acaso grabaron lo que se habló en este lugar en alguna oportunidad?

Coe. ¿Le preocupa alguna oportunidad en especial, señor Portela? ¿Es que hay algún día en que usted y otros hayan dicho algo que no debían?

Fernández. ¿Pero qué es esto? No entiendo. ¿No estamos en democracia? ¿Uno no puede hablar de lo que se le antoje?

Ferrer. ¡Pero sí, señor Fernández! No faltaba más. Nadie tendría el menor derecho de hacer la más mínima crítica a su libertad de hablar de lo que usted quiera.

Coe. El inspector Ferrer sólo está tomando precauciones.

Ferrer. Claro, es eso, nada más.

Fernández. ¿Precauciones contra qué cosa?

Ferrer. Es que ahora, señor Fernández, estamos en democracia, pero ¿mañana también lo estaremos? Tenemos que estar protegidos contra cualquier eventualidad.

Coe. El inspector Ferrer está hablando de fortalecer la democracia.

Portela. ¿Y esas precauciones que mencionaba cómo se relacionan con el fortalecimiento de la democracia?

Ferrer. Es que si algún día –Dios quiera que no– esta democracia se resquebraja, nosotros sabríamos a qué atenernos.

Portela. ¿A qué atenerse con qué?

Ferrer. Con cada ciudadano.

Fernández. ¿Y con nosotros qué pasaría?

Ferrer. Bueno, las conversaciones que ustedes mantuvieron aquí no afectan para nada el orden constitucional vigente en este momento. Pero si ese orden se llega a romper, Dios nos libre, entonces el nuevo orden establecido seguramente va a ser incompatible con el espíritu de las conversaciones que ustedes mantuvieron.

Coe. En otras palabras: los vamos a limpiar.

Portela. ¿Qué está diciendo? ¿Cómo puede hablar así? Si no se retracta de inmediato voy a llamar a la policía para que le dé una lección de urbanidad.

Ferrer. Cállese, cállese, señor Portela. Todo está bien. El señor Coe solamente se refería al hipotético caso de que el orden constitucional vigente se rompiera. Nadie piensa en dañar a nadie en las actuales condiciones.

Fernández. Pero ¿usted cree que esas condiciones puedan cambiar? ¿Cree que el orden constitucional pueda romperse?

Ferrer. De ningún modo. Ese orden es inquebrantable, porque emana de la esencia misma de nuestro pueblo.

Coe. El inspector Ferrer sería capaz de sacrificar su vida en defensa de los sagrados principios de la Constitución.

Portela. Más vale así.

Fernández. O sea que por lo que acá se conversó no... no va a haber problemas, ¿verdad?

Ferrer. ¿Problemas? ¿Qué clase de problemas?

Fernández. No sé. ¿Nadie va a venir a molestarnos?

Coe. Eso jamás lo permitiría el inspector Ferrer.

Portela. Más vale así.

Fernández. Nadie va a venir a decirnos lo que podemos hablar y lo que no, ¿verdad?

Ferrer. Si alguien tuviera la osadía de hacer eso, tendría que vérselas conmigo.

Portela. Más vale así.

Coe. Sí. La democracia hay que defenderla y fortalecerla.

Ferrer. Sí. Hay que fortificarla.

Coe. Deberían constituirse escuadrones especiales para ese fin.

Ferrer. Sí. ¿Usted se alistaría, señor Fernández, como voluntario en alguno de esos escuadrones?

Fernández. ¿Yo?... Sí, creo que sí. En mi tiempo libre.

Coe. Se necesita más que eso. El patriotismo no es un hobby.

Portela. Yo no tengo mucho tiempo.

Ferrer. No importa. No necesitamos ciegos.

Fernández. Él ya le dijo que no es ciego. Sólo es un poco ciego.

Coe. No importa, no nos sirve.

Portela. No es a ustedes a quienes tengo que servir. Es a la Constitución.

Coe. A usted nadie le pidió que sirva para nada.

Portela. Me alegro, porque como ya le dije no tendría tiempo de hacerlo tampoco.

Ferrer. ¿No tiene tiempo de servir a su país? Eso es curioso. En cambio, creo que el señor Fernández tiene posibilidades reales de convertirse en un excelente soldado. Unos pocos meses de entrenamiento serían más que suficientes.

Fernández. No, no me considero apto para eso.

Coe. Va a tener que arreglarse de alguna manera. Hacen falta muchos soldados. Lo ideal sería que cada familia pudiera tener en su casa una habitación especial para alojar a un soldado que se encargara de velar por el cumplimiento de las leyes en cada hogar.

Ferrer. Más bien creo que se necesitarían dos soldados en cada hogar. Uno por turno.

Portela. ¿Cuál sería la hora de cambio de turno?

Coe. No se haga la ilusión de que va a poder escapar de su casa a la hora del cambio de turno. Los soldados están bien entrenados.

Fernández. ¿Qué quiere decir eso? ¿El gobierno está planeando realmente implantar soldados en nuestras casas?

Ferrer. ¿Cómo se le ocurre semejante cosa? Permítame recordarle que estamos en democracia.

Portela. (Señalando a *Coe.*) Este señor no parece entenderlo así.

Ferrer. Estoy seguro de que sí lo entiende. Él sólo se refería al hipotético caso de que nuestro país cayera en manos de un gobierno no constitucional.

Fernández. ¿Y corremos el peligro de que eso pase?

Coe. No mientras haya en el departamento de policía hombres como el inspector Ferrer.

Portela. (A *Fernández.*) El inspector Ferrer es toda una garantía.

Fernández. Bueno, pero entonces, si no hay peligro, ¿para qué nos estamos preocupando tanto?

Coe. Tiene razón. Es absurdo abrigar temores cuando se sabe muy bien que la policía y el ejército están llenos de hombres que piensan y actúan exactamente como el inspector Ferrer.

Fernández. Creo que esta noche voy a poder dormir tranquilo.

Ferrer. Daré instrucciones al soldado de guardia para que no lo moleste.

Fernández. A quién, ¿a mí?

Ferrer. Sí. ¿No dijo que quería dormir tranquilo?

Fernández. Sí, pero no entiendo, ¿no dijo usted que el gobierno no piensa tomar esa medida de instalar soldados en las casas?

Coe. El inspector Ferrer sólo hablaba en el hipotético supuesto de que la Constitución viera momentáneamente suspendida su vigencia.

Fernández. ¡Pero cómo! ¿Entonces eso puede ocurrir esta misma noche?

Ferrer. No, señor. Ni esta noche ni ninguna otra mientras yo esté vivo. El que pretenda pasar sobre la Constitución tendrá que pasar primero sobre mi cadáver.

Coe. (A *Fernández.*) Como ve, la hipótesis de la ruptura institucional es sólo una mera fantasía.

Portela. Y digamé, en caso de que esa fantasía dejara de ser tan fantástica...

Coe. Eso sería fantástico.

Portela. ¿Qué quiere decir con eso?

Ferrer. Sólo una broma; siga hablando, señor Portela.

Portela. Lo que quiero saber es si los que participaron en aquellas conversaciones que ustedes tienen grabadas se verían en dificultades.

Ferrer. ¿Por qué lo pregunta? ¿Dijo algo... fuera de lugar, en esas conversaciones?

Portela. No. Todos fueron pensamientos abstractos que no tienen implicancias prácticas de ningún tipo.

Coe. El inspector Ferrer podrá corroborar eso cuando vuelva a escuchar las grabaciones, ahora que conoce su voz.

Portela. Sí. Yo pongo las manos en el fuego por lo que dije. Pero eso sí: no respondo por lo que hayan dicho otros.

Coe. ¿Otros como quién? ¿Como el señor Fernández?

Portela. Sin comentarios. No soy un alcahuete, como otros.

Coe. ¿Otros como quién? ¿A quién se refiere?

Portela. A los que no son capaces de desarrollar un criterio propio, y tienen que depender del de otros.

Coe. ¿Otros como quién? ¿Como los superiores jerárquicos?

Portela. No me interesan las jerarquías. Usted manda en su casa, y en la mía mando yo y no manda ningún otro.

Coe. ¿Otro como quién? ¿Qué quiere decir?

Portela. Quiero decir que ya me tiene cansado con sus preguntas. No pienso contestarle más. Que me pregunte otro.

Coe. ¿Otro como quién? ¿Como el inspector Ferrer?

Ferrer. No. Este inspector Ferrer ya está cansado y se quiere ir a dormir. Creo que los señores comprendieron de sobra qué actitud deberán tomar en el futuro con respecto a aquellas conversaciones.

Portela. Yo ya le dije que mis palabras no pueden haber ofendido a nadie. El que sí pasa hablando de política es el señor Fernández.

Coe. (A Ferrer.) Entonces esa voz tan repugnante que aparece en las grabaciones debe ser la de Fernández.

Fernández. ¿Pero qué pasa? ¿No me aseguraron ustedes hace un momento que nadie podría reprocharme nada de lo que dije mientras dure nuestra bendita democracia?

Ferrer. Por supuesto. El señor Coe sólo se refirió al tono de su voz. Ya le dije hasta qué punto estaba yo dispuesto a luchar por su libertad de expresión y por la de todos los ciudadanos de este país. Muy buenas noches. (Se va.)

Coe. Buenas noches. (Se va atrás de Ferrer.)

Fernández. (Al mozo.) Usted váyase también. Ya le dije que estaba despedido.

El otro mozo. Sí, señor. (Permanece en su lugar.)

Portela. ¿No escuchó al señor Fernández? Váyase. Está despedido.

El otro mozo. Sí, señor. (Permanece en su lugar.)

Fernández. ¿No escuchó al señor Portela? Le dijo que se fuera: está despedido.

El otro mozo. Sí, señor. (Permanece en su lugar.)

Portela. ¿Está sordo, o no escuchó lo que le dijo el señor Fernández? Está despedido.

El otro mozo. Sí, señor. (Permanece en su lugar.)

Fernández. Ya escuchó al señor Portela. Váyase.

El otro mozo. Sí, señor. *(Permanece en su lugar.)*

Portela. El señor Fernández acaba de pedirle que se vaya. Obedezca.

El otro mozo. Sí, señor. *(Permanece en su lugar.)*

Fernández. Dice que sí pero no obedece. El señor Portela fue por demás explícito al pedirle que se fuera.

El otro mozo. Sí, señor. *(Permanece en su lugar.)*

Portela. Entonces váyase. Eso es lo que el señor Fernández está tratando de decirle.

El otro mozo. Sí, señor. Enseguida. *(Permanece en su lugar.)*

Fernández. Así está mejor. Hágale caso al señor Portela.

El otro mozo. Sí, señor. Enseguida. *(Permanece en su lugar.)*

Portela. O sea que tiene que irse. Váyase.

El otro mozo. Sí, señor. Enseguida. *(Permanece en su lugar.)*

Fernández. ¿Qué espera? Váyase. Está despedido. El señor Portela ya se lo dijo más de una vez.

El otro mozo. Sí, señor. Enseguida. *(Permanece en su lugar.)*

Portela. ¿No sintió? El señor Fernández acaba de despedirlo. Retírese.

El otro mozo. Sí, señor. Enseguida. *(Permanece en su lugar.)*

Fernández. Bueno. ¿Y?

El otro mozo. Sí, señor. Enseguida. *(Permanece en su lugar.)*

Portela. ¿Sabe que si no se va enseguida vamos a tomar medidas de fuerza?

El otro mozo. Sí, señor. Enseguida me voy. *(Permanece en su lugar.)*

Fernández. Me alegra que así sea; de otro modo tendríamos que llamar a la policía.

El otro mozo. No, señor. Yo me voy enseguida. *(Permanece en su lugar.)*

Portela. Muy bien. Espero que lo haga.

El otro mozo. Sí, señor. Enseguida me voy. *(Permanece en su lugar.)*

Fernández. ¿Y cómo es que todavía no se fue? Creí que se disponía a irse.

El otro mozo. Sí, señor. Enseguida me voy. *(Permanece en su lugar.)*

Portela. ¿Enseguida cuándo? El señor Fernández le pidió que se fuera ahora mismo.

El otro mozo. Sí, señor. Ahora me voy. *(Permanece en su lugar.)*

Fernández. Perfecto. Me alegro que lo haya entendido.

El otro mozo. Sí, señor. Me voy. *(Permanece en su lugar.)*

Portela. ¿Se va?

El otro mozo. Sí, señor. Ahora me voy. *(Permanece en su lugar.)*

Fernández. Sí, váyase ya.

El otro mozo. Sí, señor. Me voy ahora. *(Permanece en su lugar.)*

Fernández. Ahora no: ya.

El otro mozo. Sí, señor. Ya me voy. *(Permanece en su lugar.)*

Fernández. Sí. Era hora de que lo hiciera.

(Fernández y Portela van saliendo, mientras el mozo queda quieto en su lugar.)

El otro mozo. Sí, señor.

Portela. Sí. Por fin.

El otro mozo. Sí, señor.

Fernández. Sí. Menos mal.

El otro mozo. Sí, señor.

Portela. Qué alivio.

El otro mozo. Sí, señor.

Queda solo. Se sienta. Luego aparece también Coe y se sienta. Luego aparece también Fernández y se sienta. Luego aparece también el primer mozo y se sienta. Luego aparece también Portela y se sienta. Luego aparece también Ferrer y se sienta. Entonces todos se levantan y saludan. La función ¡ha terminado!